

bitácora latinoamericana

El ojo de jade

por Miguel DONOSO PAREJA

Noé Kitrik —hombre de muchos géneros, desde la crítica y la teoría literaria hasta la poesía, pasando por la historia y la narración— nos entrega ahora una "novelita", según él, que es una novela corta de excelente factura: **El ojo de jade** (Premiá Editora, S.A., colección La Red de Jonás, México, D.F., 1980). En ella el autor (nacido en Argentina en 1928 y residente en México, por razones obvias, desde 1974) propone y desarrolla varias cuestiones. La primera, que es manejada con un eficaz paralelismo respecto a los otros niveles de lectura del texto, se refiere precisamente a las relaciones autor-narrador-lector, y es el segundo— el que, con plena conciencia, le habla al lector posible con el pretexto de dirigirse al otro personaje que conforma la pareja, protagonista ésta, en última instancia, del soporte narrativo mínimo que se utiliza. La petición al lector (que es la misma petición que se hace al otro integrante de la pareja) fluye así y compromete doblemente al que lee, aunque remate en un desesperado anhelo de comunicación que no puede producirse todavía pero se entrevé. "De una manera u otra", señala el narrador, "sería una solución de compromiso" (cierta respuesta, más bien de orden fáptico) que me haría sentir, claramente, lo que ya, oscuramente, estaba sintiendo, o sea que **no se puede pedir, que nada se debe pedir en materia de lectura: no debo, no debo, no debo pedir nada en materia de lectura, lo más libre que hay en el mundo** (el subrayado es mío). Sin embargo, el narrador —que siempre confía en la función narrativa del lector, es decir, en su calidad de narrativo— sabe que éste debe completar la dimensión semántica del texto, puede, incluso, ampliarla. Por eso, subraya: "... quizás encuentres una fórmula que vaya a lo esencial, si —descorazonado— hay algo esencial que yo mismo no logro ver y que tú me podrías mostrar".

Paralelos a esta línea de argumentación —que me parece esencial— hay otros niveles: el del deseo, motor del discurso, principio y fin de la sabiduría (saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se

sabe), el "ojo de jade". En palabras de Jitrik: "el ojo de jade se abrió, su cabeza, no necesitando ya ver nada, se abatió y, con todo el cuerpo esta vez, me hizo decirme que el circuito del saber se completaba y que, al mismo tiempo, algo que conocíamos, nada que no conociéramos, había ocupado el espacio inocupable"; el de la realidad contextual: la huida, la represión, el exilio, la sensación de estar y no estar, la tranquilidad aparente: la relación de pareja, comunicación e incomunicación devorándose mutuamente, haciéndose y deshaciéndose cada día; y, por último (aunque haya más niveles, puesto que el texto es muy rico), el enigma de la condición humana ("... acepto el enigma a cuya orilla quedo porque no hay explicación posible, no es ni la derrota, ni el sufrimiento, ni la ferocidad, ni la dulzura, ni la erótica, ni los dioses, ni las ceremonias sino solamente el sentido, la amalgama de gestos que tienen la forma de un sentido que me toma de la garganta pero no me permite leerlo para establecer una relación que me haga atribuirle un valor... estoy mirando y esforzándome por entender..."), su frustración de ahora ("lo insoluble era la búsqueda, frustrada por anticipado, porque se sabía que nada se hallaría en su final").

Al final, la afirmación de ser y la búsqueda correspondiente, el deseo, la erranza hasta aquí, nadie sabría si hasta siempre, la pareja real, presente, sin embargo ("Y ella y yo, en nuestros papeles, pagando un precio, nada más, moneda de la destrucción, para poder simplemente admitir que éramos en la destrucción o, menos todavía, en la desubicación, errando por un desierto desdibujado como tal, limitados por la memoria, corroídos por los deseos"), y la lectura, negada y posible a la vez ("lectura que comienza en ese preciso instante en que no hay más palabras para justificarla: silencio, mudez que la alimenta, pasión sin resentimiento").

En efecto, la lectura de **El ojo de jade** comienza cuando se ha terminado con el libro, con las palabras que lo conforman, cuando el lector queda solo y sin el texto que ha leído, cuando empieza a elaborar su propio intercambio de sentidos.